

ALFONSO ANDRADE CHIRIBOGA

## NUESTRO POEMA

BIBLIOTECA NACIONAL	
QUITO - ECUADOR	
COLECCION GENERAL	
NO. 6156	AÑO 1990
PRECIO	DONACION

0001448 - Jc

**Euenca-Ecuador**

—  
**Mayo de 1948**

—  
**Edit. EL MERCURIO**

## BALANCEANDO EL PASADO

De medio siglo a esta parte, si materialmente hemos ganado mucho, es indecible lo que en el sentido moral hemos perdido; y así como con el neologismo FLIRTEO se ha sustituido el amor, y contrahecho el rubor y la candidez con el antieufónico MAQUILLAJE, hemos llegado a la velocidad máxima a costa de la conciencia del movimiento.

Lo vertiginoso de la vida no da tiempo a paladearla. Al suprimirse las distancias, nos hemos alejado de nosotros mismos, y lo que antes iba, de sorpresa en sorpresa, columbrando y sintiendo el alma, hoy se mete, de golpe, por los ojos, frustrando la emoción y haciendo imposible la escala del ensueño.

Si la vida es río que corre y corre, infatigable, entre lo que es y lo que fué, no hay

otra diferencia que la del movimiento: el rabión, simbolizando lo presente, y el remanso lo pasado. Antes sabíamos vivir sintiendo los instantes: el tiempo iba reptando y parecía que los años no llegaban nunca. Por eso, el 31 de diciembre era representado por un viejo fantasmón, que el pueblo, al iniciarse el Año Nuevo, lo quemaba, entre risas y sarcasmos, para castigar su demora. Hoy, también se lo quema; sólo que, como llega tan rápido, prenden la nueva pira de la anterior los tizones todavía humeantes.

Los viejos vivimos sin vivir el presente, añorando los lejanos días que hicieron nuestra dicha. Fanáticos de lo que fué, por más que no podamos separar los ojos de la actual escena, ante el altar del pretérito, el alma, de rodillas, reza férvida, pasando y pasando las incontables cuentas de su rosario de oro de recuerdos. Es que del vellón de la vida, cada instante del ayer fué quedándose con una mota; y hoy, sobre la aterida espalda, no hay sino una piel completamente desvestida.

Nos sorprende la innovación, nos asombra el progreso; mas, todo contribuye a hacernos vivir lo más rápidamente posible y a que no sintamos la vida como es, sino como quiere el hombre que sea. Por eso, de la locomoción a la teoría de Einstein; del cine a la radio; de la aviación a la desatomización de

la materia, acontecimientos formidables, que ayer hubieran espaciado los siglos y marcado en la historia del mundo verdaderas etapas; hoy, como una caballada de Centauros, han llegado atropellándose.

Para mí, como para pocos, la infancia fué dichosa; mas, no por eso dejó de ser prolongada, y así, con los más nimios detalles, fotografióse en mi memoria. Un día me dijeron que al cumplir los siete años, me darían los ángeles un banquete de blancura, con la primera comunión. Y como apenas había ajustado un lustro, parecióme tan largo lo que tenía que esperar que ni mimos ni juguetes fueron capaces de enjugar mis desconsoladas lágrimas. Después me hablaron del Colegio y, como desde ese momento me puse a contar los instantes, los días me parecieron siglos y las noches fueron interminables sueños de Aladino, entre corbatas vistosas y pantalones largos. Más tarde, es de imaginar, cómo serían para mí de eternos los seis meses de plazo que impuso mi madre política en cierne, para que yo llegara a ser dueño, digo esclavo, de la musa que inspiró este poema.

Conforme de la dicha van desvaneciéndose los espejismos, destácase la realidad acerba y empiezan a pasar raudas, como soplos, las pequeñas felicidades que alcanzamos. Las pe-

nas que, en los primeros tiempos, nos hirieron, arrancándonos breves lágrimas, ahora, agrandadas y sin podernos hacer llorar, se clavan como espinas en la entraña, lacerándola sin tregua. Comprendemos que se nos ha ido lo mejor de la vida y miramos: para atrás, alejándose siempre la maravillosa vega, entre torrentes de sol, bordada de flores y libélulas, musicalizada de calandrias y turpiales; para adelante: el campo desvestido, la estepa desolada, amenazantes negruras que, condensándose, cuanto más se acercan, dejan entrever abismos y el terror de llegar a sus linderos hace que todo espacio nos parezca corto. Por eso sentimos volanderas las horas; que entre el día y la noche, media el espacio de un parpadeo y se nos figura que vuelve a salir el sol sin acabar de ponerse...

Hasta los treinta años, la vida fué lene y lenta sucesión de variadas y exultantes impresiones. Dicen que la dicha vuela, y así parece, cuando es una sola; pero si las dichas son incontables, siendo imposible gozarlas a un tiempo, el lapso, por pequeño, entre una y otra, nos parece interminable, y nada es perezoso como el tiempo, cuando es conductor de felicidades...Así camina para el niño y para el joven, con la obligada lentitud que impone la ascensión; pero desde que se ha rendido la cumbre, comienza la baja-

da que, si no es arrastrándose o rodando, hace el hombre de un solo salto.

Lo mismo que causó nuestra emoción, al repetirse, ya sin novedad, pierde el encanto. Es el espejismo que el viajero experimentado mira con desaliento. Cuanto más se abren los ojos a lo cierto, van cerrándose las puertas del ensueño. Entonces, dejando de ver el mundo, hundimos los ojos en nosotros mismos y, asombrados, vemos bien lo que hemos sido; contamos los desgarrones de nuestra alma; queremos hallar el fondo de nuestro pensamiento y levantar, deshecho, el retablo de nuestras creencias, sorprendiendo a la esperanza, como nunca, en trance de vuelo, pero ya con el ala rota...La llama de la juventud, como toda hoguera, deja cenizas y hallamos, a su rescoldo, arrimado el desencanto, tiritando la verdad desnuda, a la luz mortecina de la experiencia que da miedoso fulgor al dantesco cuadro.

Hoy, dominando la calva cima, tiendo los ojos al pasado y abarco, en conjunto, el maravilloso paisaje de los primeros años, que nunca se deja ver de cerca, ni de pupilas claras, sino mejor, mientras de más lejos y más oscuros son los ojos que le miran...Por eso yo los cierro para ver las cosas, no como son sino como fueron. ¡Cuánto han cambiado los hombres, las costumbres, la ciudad,

el río, el campo!

Caballero de luengas patillas y retorcidos mostachos, si no familiarizado con la navaja de barba y el dentífrico, pero con la cara plácida, sana la boca y la lengua sana; prevaleciendo por su rancia nobleza; rindiendo homenaje a las damas, haciendo del salón, paraninfo y del hogar, santuario; mirando desde arriba al millonario sin pergaminos; creyendo que la honra, vale más que la vida; poniendo en constante práctica el viejo lema del escudo azuayo: PRIMERO DIOS Y DESPUES VOS. Así eran los hombres antaños.

La mujer, ennobleciendo el estrado, haciendo de la femineidad su plataforma máxima; florecida de rubor, vestida de modestia; sin más ciencia que la de ser buena, ni más arte que el de la rueca; sin más teatro que su casa, ni otro refugio que el templo: su esposo, sus hijos, he ahí su mundo, la dicha de ellos, su cielo, su máxima aspiración. Así eran las mujeres.

El mozo, empeñado en parecerse a su padre, rendido a su autoridad, pero listo a empuñar una bandera y hacerla flamear, si no en la cima del Verde Loma, en las llanadas de Tarquí o entre las nieves del Pichincha; amartelado a su casa y temblando que la mayoría le ponga en trance de abandonar-

la; que los imperativos del corazón le obliguen a poner los ojos en otros que no sean los de su madre, procurando con el estudio y el trabajo, su dicha y la de los suyos. Así eran los mozos.

La novia tímida, temblando acercarse al que le amartela y obligada a aceptar un ramillete, los claveles que tiene en la mano, no se encienden como sus mejillas; ni el rocío que corusca sobre los pimpollos es tan puro como las lágrimas que la llama del rubor hace temblar en los ojos de la casta prometida. Así eran nuestras novias.

¡Cómo de lo que fué queda tan poco! Mil veces el templo, con la práctica de irrazonadas creencias, en las que, puesto al margen el cerebro, la sensibilidad hace de las suyas, que los espectáculos del cine, si benéfico en muchos sentidos, foco de contaminaciones y anticipamientos mórbidos, donde el candor se acurruca como una paloma enferma, la cleptomanía contagia, la libidine hace prosélitos y el niño aprende mal a dejar de serlo... Por el cine, la núbil prefiere al descarado y el adulto deja de hallar estímulo en la novia que la honestidad amapola. El Cine se hace sentir en los hogares, donde la madre llora en secreto la audacia de su niña que se aleja acompañada del que no debe y torna a deshoras y cuando le viene en gana; mientras el

hijo ríe, menospreciando el consejo y atribuyendo a incomprensión de los viejos todo lo que no adula su arrogancia y sus vicios.

El Cine tiene especial prestigio en mentalidades en proceso, para hacer sugestiva la falta y pintoresco el crimen.

Es una luz que si alumbr a muchos, a los más encandila y, a su irradiación, sociedades estructuradas como la nuestra, sufren violentas metamorfosis, dejando la ética de serlo y sustituyéndola lo que enantes era su antítesis.

El Cine lo ha revolucionado todo. La mujer ha aprendido a vestirse, pero también a desnudarse...; a besar, con besos hondos y largos, no bajo el amparo de los velos de la alcoba, sino del JOL, tras los cristales; a confiar sus deslices, ya no al tribunal de la penitencia, sino al gremio de choferes, donde se comentan y divulgan, y a aliviar los resultados de su deshonor, no con los bálsamos de la maternidad, ni del arrepentimiento con santificadas gotas de llanto, sino con esas otras de la pócima infanticida.

Por el Cine, la honradez y lealtad del cariño, el ósculo y la bendición paternas, signados de ridículo, se han asilado en los bohíos.

Las películas del Cine, filmadas con las condiciones de nuestro medio, fueron benéficas; pero contrahaciendo costumbres y tendencias,

de países que nos llevan siglos de ventaja, y que, para nuestra moral, en desacato y corrupción culminan, no pueden ser peores sus efectos; es como vestir un enano con trajes de gigante o hacer que anide la avestruz en un nido de jilguero.

Todo lo que nos trae la pantalla es trasunto de la sed que aqueja a labios insatisfechos, ante la agotada copa de la dicha, que ha llegado a las heces, cuando, en la colmada nuestra, damos los primeros sorbos.

Parece que avergonzadas las nuevas generaciones de lo que fué, se empeñaran en borrarlo. Las casonas coloniales, de patios amplios, anchos corredores y extensos huertos, donde la luz y el aire se prodigaban; de puertas bajas, como para no dar paso al orgullo y la preponderancia; de ventanas con herradas rejas, a las que el amor se acercaba de rodillas; casas de un solo piso, cubiertas de maceteros, derramándose en claveles, como en castos lirios las manos que los cultiva; la Madonna, en el descanso de la grada, como esa otra, su esclava, en el estrado, y siempre en el altar una lámpara encendida. Casonas de paredes enjalbegadas, no con el pincel del MAQUILLAJE foráneo, sino con la casera y generosa brocha de cabuya, esparciendo la lechada teñida con el polvo multicolor de nuestras canteras. Esas casas se han demolido to-



das; dando cada una sitio a dos y tres mansiones, de piedra o de ladrillo, estrechas y frías, que se empeñan en ganar en altura lo que en latitud perdieron y sustituyen el patio con la terraza, la acanalada y poética teja de barro cocido, pintoresca piscina de los gorriones, con la plancha de hierro que el sol recalienta, sin proteger la calle, ni darle alero, negando mechinales a las golondrinas. Los enormes ventanales de hoy no tienen la ancha barandilla sobre la que, en otra hora, el gato soñoliento ronroneaba, espionando la calle, cuya quietud apenas turbaba el paso de una mujer, pero vestida..; de un hombre, tal vez de poncho, pero todo un hombre; quizá de algún fraile, que sabía llevar bien su sotana, de algún niño que iba cantando su inocencia o de algún viejo, dignamente coronado de canas.

Con excepción de la Catedral de los Leones, concebida y comenzada en el siglo anterior, con la majestuosa sencillez de las ojivas, la línea armoniosa y fácil de estilo depurado, el arranque de los arcos, el atrevimiento de sus torres colosales, en pugna con las crestas del Allcuquiro y el Cojitambo, está dando una idea del poderoso Señor, a cuyo culto está destinada; como también habla del espíritu y del plectro azuayo, estilizados en el inspirado poeta que en la conclusión de

este maravilloso poema arquitectónico se afana.

En los demás templos impera el gusto foráneo, de intrincada hibridación, cuyos frontis no son sino revelaciones repetidas de pauperismo artístico, sin que el sentido histórico y el alma nativa hagan acto de presencia, ni se dé idea de los constantes y grandiosos espectáculos de nuestra incomparable naturaleza.

En el centro urbano, únicas de estilo colonial, publicando nuestra primitiva belleza arquitectónica, quedan las iglesias del Carmen y de las Conceptas.

Como asombradas de la transformación de la ciudad, tipos de comparación, entre lo que es y lo que fué, quedan pocas casonas, soportando la rechifla del turismo pueril e irresponsable, incapaz de sentir el espíritu del pasado, la flébil poesía que entrañan las horas que volverán ya nunca. Ahí están, al rededor del Parque, la casa que antes fuera consistorial, y hoy hace de cárcel; la contigua con sus típicos pilares y esqueletos; la fronteriza a la Gobernación, recatando las primeras palpitations del liberalismo azuayo, y aquella, arrimada al Palacio Universitario, que dió abrigo a uno de los paladines de las Queseras del Medio, el epónimo General Farfán. Todas ellas exteriorizando, bamboleantes, la huella de los siglos y esperando, de un mo-

mento a otro, el empuje de tractores y aplanadoras.

Las calles, para su uniforme embaldosamiento, no sólo devolvieron al río sus piedrezuelas azules, sino a la leyenda las tradiciones sugestivas y, con Sedeño y Policarpa Salavarrieta, a la historia, sus gloriosos nombres...

Los regatos que, paralelos, cruzaban los barrios, dolidos de la metamorfosis, se escondieron en las alcantarillas; y los focos de arco voltaico, empeñados en sustituir el fulgor de la luna, el poético coruscar de las estrellas, no hicieron sino, frustrando la misteriosa penumbra de las serenas noches morlacas, hacer patentes las deficiencias policiales, ante el pulular de pelanduscas y rateros; el mal estado de la planta eléctrica municipal; las obras de mampostería del Parque Calderón, y desterrar, con las serenatas, la misteriosa sugestión de las misas de Gallo y los Rosarios de la Aurora.

En el sitio que ocupó el palacio del Obispo Andrés Quintián Ponte y Andrade, donde se redactó el acta de constitución de Cuenca el 15 de noviembre de 1820, según lo evidencia el documento que reposa en nuestro archivo municipal, álzase hoy el Palacio Universitario que, si remeda una obra romana, de cuencano apenas tiene las piedras. Fué a-

yer soto cercado de cabuyos, donde los chiquillos de entonces teníamos palco en los septenarios y, como los políticos de hoy, jugábamos a las escondidas y al «capirotejo de San Andrés»...Era nuestro refugio, en las RANCLAS del Colegio; estadio de pueriles juegos, en esos dichosos tiempos en que el mundo todavía no era balón pateado por jayanes, ni la raqueta del Tennis, manejada por el feminismo, zarandeaba las buenas costumbres, ni el guante de Box, sin dejar huellas exotéricas, magullaba las entrañas. Palenque de TROMPIZAS, a mano limpia, cuando el laurel era presea no de los duchos, sino de los valientes.

La pila, no esa que debió de ser instalada por orden del magnífico don Gil Ramírez, o por algún alcalde primigenio, que mandó a encauzar en cañería de barro, hasta el centro de la ciudad, el agua del Tomebamba; la misma que abrevara la sed de los Chambas y Leopullas, reflejando las proezas del espada-chín Zabala; la que, al mezclarse con el agua ardiente de la libertad, convirtiéndose en el épico draque, con el que brindó el Capitán Ordóñez, coloreándolo con su sangre, el 3 de noviembre de 1820. Gloriosas linfas cuando copiaron vivo al héroe erguido hoy en el mismo sitio de la histórica fontana, convertido en bronce; como también la imagen ascética

de Sofano; pero flébiles y oscuras, cuando, más tarde, se mancharon con la sangre del Geodésico y llegaron a envenenarse con el tóxico de la inmortal poetisa.

No la pila primitiva, sino la que yo conocí: circular, de mármol blanco, de amplios platillos y honda y espaciosa taza; es/ que, con un cuarteto de sonoros y cristalinos chorros, coreaba la alegría de los Pases del Niño y la exultante locura de los carnavales; riendo en las fiestas, cuando en la Catedral repicaban las campanas, o al encordar, con los duelos, llorando con ellas; musicales chorros que cantaban el amor de nuestras samaritanas de estameña, mejorándolas, según la genial afirmación de noble y antañona dama, asegurando que se volvían de seda las sirvientas, cuando, al comenzar la noche, se las enviaba con un cántaro a la pila...

Pero un día, ésta desapareció, y dice la leyenda, por haberla convertido en lavadero de arameles los partidos; por haberse salpicado con la sangre de Vargas Torres y de Antonio Vega; entonces, el pueblo, tratando de purificarla, transformóle, colocando sobre ella, como filtro milagroso, la estatua de su Héroe Niño...

Por más que sobre él río tienda su atrevido arco el Puente del Centenario, dando ancho paso a la locomoción rodante y, con el

cemento y la piedra, desafío a los siglos, no tiene el encanto y la agreste poesía del de ayer llamado Juana de Oro, tendido de vigas y de chambas, que trepidaba convulso a nuestro paso, como abuelo cariñoso que se estremece sintiendo al nietezuelo sobre los hombros; tan cerca del río que se dejaba lamer de las crecientes; desde donde, según la tradición, el Obispo Quintián amansó al Tomebamba, desbordado sobre las viviendas del Ejido, tratándole de hijo e imponiéndole el nombre de Julián Matadero.

Convirtiéndose en Avenidas, han perdido su encanto los andurriales, y el cauce del río, sin islillas y placeres, que en otra hora lo bordaban, sin los pequeños remansos, piscinas de la alegre chiquillada, por haber desaparecido las grandes piedras, cuyos nombres venían trasmitiéndose desde la colonia: páginas de granito eternizando la leyenda; sin las orillas sombreadas de sauces y de alisos, sin la Capilla de la Virgen del Río, parece que hubiera dejado de ser el viejo Tomebamba. La Piedra Shura, la Piedra Rota, la Jatun Rumi, las Tres Tías, hoy, arrimadas a los muros del cauce, han perdido sus nombres y nadie repara en ellas. Son como esas monjas alejadas de la clausura, donde pasaban por beneméritas y reverendísimas, y ya de paisanas, se confunden con la chusma y no al-

canzan un saludo...

La Alameda, el campo de las cometas y de las graneadas de capulíes, aromatizada de nogales y pomarosas, con espaciados y pintorescos bohíos, escondiéndose entre los oros de la retama y las frondas del jazmín y la morera; el inolvidable llano de Taita Chabaco, sitio de reunión en los asuetos, campo de entrenamiento, del retozante disciplinado, en la carrera y el salto, hoy convertido en cerradas parcelas, en montaña de eucaliptos, llenando la hondonada, invade la colina y frustra el eglógico paisaje.

El hombre ya no aspira sino a divorciarse de la tierra, por más que como madre le siga abriendo las entrañas y hospedándole en su seno. En vano quiere retenerle con el trino de sus aves, con el arrullo de sus fuentes, el dulzor de sus frutos, - el perfume y hechizo de sus flores. Clavados los ojos en la altura, el mal hijo desoye su llamada e improvisa alas para independizarse de ella. Por eso quedó para la leyenda la poesía del viaje, tan lleno de exultantes peripecias, en largas e inolvidables horas, nutridas de gratas impresiones, entre jacarandosos amigos y amables huéspedes. Hoy el viaje se ha reducido al vertiginoso vuelo de las hélices, al minuto de terror sobre el abismo...

El tiempo ha revolucionado todo: la moral,

las tendencias, la política y en especial el arte que, disfrazado de pingajos, hace piruetas y malabares. Los nuevos bardos abusan de todo y sin poder enfrentarse con los clásicos, se contentan pifiándoles, desde lejos, con la metáfora cursi, la rastrera hipérbole y oponiendo a los preceptos de Horacio una gárrula palabrería; mientras la belleza, con lutos de viuda, llora mirando exhaustas las odres de Apolo y agotada la Castalia.

El verso, me obliga a volver los ojos a los venturosos tiempos en que todos mis sueños supe convertirlos en estrofas, y del empolvado cofre, donde se amontonan mis inéditos, tomo uno como poema que cristaliza el único y más grande amor de mis primeros juveniles años. Y si, como toda obra literaria incipiente, puede ser un guiñapo, no dejará de revelar cómo fueron los hombres, la moral y las costumbres del pasado.

A «Nuestro Poema», nunca quise que lo vieran otros ojos que los míos, y al editarlo, no me atreví a agregarle ni a suprimirle nada. Tal como nació, con los errores y vacíos de obra primeriza..., pero reflejando la frescura y el aliento de una vida exuberante y sana, sale a la palestra, ambicionando una sonrisa de los pocos que han sabido aislarse de las nuevas tendencias literarias y hacer latir el corazón de alguno que, como yo, haya hecho

del amor la principal y casi única meta de la vida.

Rosa María:

Tú inspiraste este poema que fué realizándose, desde el día en que te presentí hasta que culminó mi sueño.

Mi alma, como semilla en germinación, dentro de la tierra, escondida del sol, pero recibiendo su milagroso influjo, se estremecía sintiendo algo que definir no alcanzaba, pero que le era indispensable.

El amor, fuego de la vida, prendió en mi entraña su chispa. Pronto la pasión convirtiéndose en incendio, para volverse llama de cariño y, por fin, rescoldo de ternura.

Este poema, apenas da idea de las impresiones que embelesaron mis sentidos: arpeggios de la lira de mi alma, sinfonizando la romanza que sólo una vez se canta en la vida.

Ha pasado un lustro. Todas nuestras primeras rosas han ido despetalándose dulcemente y hoy quedan colmando nuestro búcaro de re-

cuerdos.

Ha pasado un lustro, y si yo he probado que eres la mejor de todas, también te has convencido que nadie, como yo, puede quererte.

¡Qué rápidas las primeras horas del amor y de la dicha! Han volado raudas sin hacernos sentir su paso, pero dejando coronadas tus sienas con pimpollos de abnegación y sacrificio, y las mías con las prolíficas gotas de la lucha.

A que más tarde no se esfumen de la memoria los detalles que embellecieron nuestro idilio, detalles que, al parecer nimios, fijan en el alma única e incomparable ventura, en este pequeño libro he querido simbolizar, acudiendo al elocuente lenguaje del color, las intensas y variadas emociones experimentadas y que dieron diferente rumbo a la esperanza.

**NACAR:** blancura del alma que hace cándida la aurora del primer cariño.

**AGATA:** corazón entre llamas, realizando su soñado empeño.

**TURQUI:** plácido azul de los días serenos. Necesaria calma para la emoción, intensa y largamente experimentada.

La nieve de tu garganta, el carmín de tus labios, el azul de tus pupilas, sintetiza mi poema. Semejante al tricolor de la patria, mi amor será su leyenda.

Recuerdas? ¡Oh dulces horas que volverán ya nunca!

Cándidos, ingenuos, sin más aporte que las no empañadas flores de nuestra juventud, nos lanzamos en el hondo piélago del amor, sin la menor iniciación en sus secretos. La piadosa vida de tu casa y el desvelo de los monjes que me educaron, pusieronnos al margen de las mundanas contaminaciones.

Pero a la excesiva blancura, el menor hábito empaña, y hay flores de invernáculo que un beso de sol maltrata y entumece. Por eso, no faltaron nubes a nuestro idilio. Mas, las urgencias de la vida trajéronnos a la realidad, súbitamente...Era indispensable el fruto, y el pensil de nuestra dicha, solamente daba flores.

¡Cómo había sido la vida y cómo la habíamos soñado!

Pero el amor es poder, es fuerza, es triunfo. Nada pudo arredrarnos, por más que todo se concitara en nuestro daño. Dios bendijo tu abnegación y mi trabajo. Tu amor supo resarcirme, con creces, en la ardua empresa, y la tierra, generosa, probó, una vez más, con nosotros, rindiendo opimos frutos, que era madre para los que sabían acudir a ella, diligentes y constantes.

La tierra, ella fué nuestra madre...A ella, sólo a ella, lo debemos todo.

Los hombres, no hicieron sino probarnos

su invariable condición de lobos.

Y tres veces la cuna pobló de arrullos nuestro modesto e incipiente hogar. Tú, siempre buena, triplicaste el áureo lazo que hoy nos ata, agigantando mi impulso para procurar la dicha del adorado grupo que nos rodea.

En estas páginas, se encenderá mañana el sol de los días idos, y aunque algún día tengas que leerlas sola, contigo estará el alma de tu poeta.

Burgay, 2 de agosto de 1908

**NACAR**

## SIN NOMBRE

Creo mirar, perdida en la penumbra,  
de mi sueño inquietante la silueta:  
promesas de una sombra que se pierde,  
indeciso bosquejo que se vela.  
Creo mirarla, así como en el cielo  
una lejana estrella  
que titila un instante y luego se hunde  
en los abismos de la noche negra.  
Avida mi pupila no descansa  
investigando la remota esfera;  
y cuando el alma en desaliento gime  
y la esperanza, como una ave, pliega  
el ala fatigada, y en el sueño  
creo hallar un refugio, la quimera,  
como nunca, se pinta, embelesante,  
y a mi reclamo, férvida, se acerca;  
mientras escucho celestial acento

que mágico resuena  
y espera, dice, con sin par arrullo,  
y vuelve a repetir: espera, espera...

Vibran en mi alma arpegios nunca oídos,  
armonías y trinos que embelesan;  
música de suspiros y de anhélitos,  
secretar de palomas que se besan,  
susurro de burbujas  
y yemas que revientan:  
exótica armonía  
que sinfoniza el viento en las estepas;  
serenata lejana que se pierde  
y vuelve, y otra vez se acalla, leda;  
concierto misterioso de sordinas,  
de cítaras y quenas  
que, dulcemente, imploran,  
con ritmos lentos y con notas trémulas,  
serenata heteróclita de arpegios  
que llegan, se confunden y se alejan.

## A ELLA

Te miro en el tremar de las estrellas  
perdidas en el cielo,  
en las suaves penumbras de la aurora  
que se esfuman al sol, como mi ensueño.

Te escucho en el susurro de las ramas  
que mece, blando, el viento;  
en la voz, cadenciosa, de las aves,  
esas liras, sin cuerdas, del otero.

Te adivino en las nubes del ocaso  
que vagan a lo lejos,  
tiñéndose del sol agonizante  
con las últimas lágrimas de fuego.

Te presiento en las noches rumorosas,  
hundida en el misterio;

en el fulgor distante de los astros  
que se hablan en el cielo.

Conmigo, a donde voy, vas en mi mente,  
en mi alma, inquieta, sin cesar te llevo  
y palpitas en todos mis sentidos,  
mas no te encarnas, todavía, ¡oh sueño!

## COMO ES ELLA

Hermosa, como no soñó mi mente,  
y más que la violeta, recatada;  
tan pura, no fué el agua de la fuente,  
ni sensible, la cítara encordada.

Si me abrasa su amor, que centellea  
en sus ojos azules, como pira,  
una aura de frescura mi alma orea  
cuando ella, tierna y dulcemente mira.

Su boca... ¡cómo yo, con ansia loca,  
despertara sus besos adormidos!  
Los besos virginales de su boca:  
nido tibio de pájaros dormidos.

En el espejo terso de su frente  
asoma el alma, tímida y hermosa,

como arenilla de oro de la fuente,  
como menúfar en la sima undosa.

Y toda es ella de marfil florido,  
pimpollo ebúrneo, frágil y cenceño.  
Así, mil veces, yo la vi, dormido;  
y hoy que a sus plantas mírome rendido,  
parece todavía que la sueño.

## ROSA QUE PISADA, PISA...

Rut: de mi mano,—que dejó tu mano,—  
la rosa, que otra Rosa me ofreciera,  
cuando yo la llevaba tan ufano,  
de pronto, me quitaste, traicionera.

Con odio, rencorosa, la miraste  
y, sin que te apiadaras de su hechizo,  
al polvoriento piso la lanzaste  
y allí tu airada planta la deshizo.

Si mis primeros cantos inspiraste,  
si mi inquietud primera tal vez fuiste,  
de ser mi musa juvenil dejaste  
y llegar a mi amor nunca supiste.

Pero la remembranza, suave y leda  
cultivándola, nunca se consume

y persiste en el alma como queda  
en la vaciada crátera el perfume.

Dejé el pimpollo que a tus plantas rueda,  
mientras mis labios te decían quedo:  
la que pisa una flor, mañana puede  
despedazar un corazón, sin miedo...

De noble tu proeza tuvo nada;  
mas no la rosa, sino mi alma fué  
la que quedó deshecha, ensangrentada,  
bajo el tormento de tu airado pie...

El rencor, impotente, nunca pudo  
herir con más desmaño, y tu cariño  
quedó en mi corazón, deshecho, mudo,  
como bajo tu pie la flor de armiño.

Rosa...Ese dulce nombre es de la hermosa  
que florecer hiciera ese capullo,  
y si escabel tú hiciste de su rosa,  
yo haré, para ella, alfombra de tu orgullo.

## EN TU ALBUM

Hoja, del remolino sacudida,  
en la espiral bullente prisionera,  
así siento la pluma, estremecida,  
de tu álbum en la página primera.

Sólo tu nombre mi cantar inspira,  
y a tu amor, que es mi gloria, pido aliento;  
ah, si pudiera, mi insonora lira  
la dulzura imitara de tu acento;

y así como el arroyo, bullanguero,  
que, bordando de flores la ribera,  
toda su dicha, canta en el sendero,  
en la arpa que encordó la primavera,

escucharas mi voz enamorada  
y sintieras la fiebre que me agita

y la fuerza infinita  
que tiene a tu alma mi alma esclavizada.

En tu primor la gloria se resume,  
lo humano no te toca ni mancilla;  
humilla a los jazmines tu perfume  
y a lo más puro tu candor humilla.

De búcaro inmortal fuiste arrancada  
y un Dios, enamorado, con anhelo,  
supo el cielo dejar en tu mirada,  
cuando no pudo devolverte al cielo...

Por eso, tu pupila azul encierra  
un resplandor, intensamente triste;  
es que cautiva sufres en la tierra  
las nostalgias del cielo que perdiste.

En el incendio de tu amor me quemo,  
me empuja a ti una fuerza irresistible;  
como eres para mí la dicha, temo  
que, como ella, te vuelvas imposible...

No sé decirte sino que te adoro.  
Esclavo sólo soy de tus hechizos.  
En tu cabeza, como nimbo de oro,  
el oro de tus rizos

me hace soñar. Agítanse las alas  
de mi mente febril y, en raudo vuelo,

con tu áurea trenza voy formando escalas  
por donde sube mi esperanza al cielo...

Rosa, que mi vida embelleciste;  
única flor que me robó la calma,  
con todas tus espinas te prendiste,  
rosa de luz, en la mitad de mi alma.

## DELIRIO Y RUEGO

Que va a rodar el mundo, desplomado,  
y que el sol va a apagarse me parece...  
Como es grande la dicha que he soñado,  
el temor de perderla me enloquece.

Rosa, capullo humano, flor con alma,  
incomparable y delicada flor;  
si me quitaste con tu amor la calma,  
me diste, en cambio, el cielo con tu amor.

Cuándo podré decirte, mía...mía...  
Sí, mía, hasta la muerte. ¡Cuánto tarda  
el día de mi gloria! Lento día,  
más lento mientras más mi alma te aguarda...

¡Cómo será la luz de esa alborada  
que, haciendo florecer mis ideales,

alumbre en mis jarrones cautivada  
la nieve de tus rosas virginales!

En mi altar de sosiego  
serán suaves la luz y los colores.  
Tu perfume tendrán todas mis flores,  
y no arderá en mi lámpara otro fuego  
que el que enciende tus ojos tentadores.

Un solo afán, juntando nuestras almas,  
un mismo pensamiento, nuestras mentes,  
como una sola luz hacen dos llamas,  
como se hace un arroyo de dos fuentes.

Sólo entonces sabrás cómo yo te amo...  
Sin tu afecto, quedara el pecho mío  
como la flor, que se cayó del ramo,  
como la gota que saltó del río...

Entre el cielo y tu amor, no dudaría...  
Sin ti, yo nada pido, nada anhelo...  
Entre el cielo y tu amor, estrella mía,  
el cielo de tu amor, ese es mi cielo.

Apresúrate, ven, fúlgida y bella,  
lene ideal y meta de mi vida;  
calor y luz de mi naciente estrella:  
oh, ven, no tardes, ¡dulce prometida!

## MAÑANA SERAS MIA

¡Quién pudiera decir lo que yo siento!  
¡Quién me diera la voz que necesito  
para cantar mi amor; algún acento  
que, así como mi amor, sea infinito...!

Cómo podré dar forma a este delirio  
que mi mente enajena,  
que, al mismo tiempo, es gozo y es martirio  
y es alegría y pena...?

Por qué en mi corazón, tan limitado,  
el sentir excedió todo lindero?  
¡Cíclope encadenado  
en nido de jilguero!...

Mañana serás mía;  
y una dulce cadena

juntará tu alegría a mi alegría  
y mi pena a tu pena...

Mañana: ¡mía...mía...! Y esos lazos  
desatarlos podrá ya nunca nada...  
Y vendrás a mis brazos,  
como la nieve, cándida, intocada...

Un culto fué mi amor, como a Madona  
te dije, de rodillas, mi cariño;  
y mi mano jamás, de tu corona,  
hizo caer un pétalo de armiño...

Y, como nunca, el sol del nuevo día  
tarda...La noche alárgase, inhúmana...  
¡Cómo serán tus besos, novia mía!  
Si no me muero, lo sabré mañana...

## TU PRIMER SI

Cuando al pie del altar, mi prometida  
vino, temblando, a ser mi compañera,  
parecía la espuma, estremecida,  
que se arrima al peñón de la ribera.

En el cabello, que su frente dora,  
un manojo de azahares se veía,  
cual la luna, esfumándose en la orgía  
de las primeras luces de la aurora.

Trémula alzó los ojos a la altura  
y viéndome postrado, al lado de ella,  
una lágrima inmensa de ternura  
tembló en sus ojos, cristalina y pura,  
y en mis manos rodó, como una estrella...

Encendido carmín tiñó su frente;  
entrelazó su mano con la mía  
y dijo, musitando, dulcemente,  
su primer sí, mi angelical María.

**AGATA**



## AZAHARES QUE SE MARCHITAN

Entre mis brazos, como cadena  
de ígneos anillos, la tuve al fin.  
Llena de encantos, de aromas llena,  
la flor mimada de mi jardín,  
dejando el cetro de la azucena,  
en róseo tallo dió su hermosura  
y todo cuanto fuera blancura,  
desde ese instante se hizo carmín.

En torno luego pobló la bruma...  
La noche acerba fué de mi mal.  
Ella era copo de blanca espuma  
presa en la hirviente, rauda espiral;  
cisne que pliega la larga pluma  
y rinde el ala que ayer, valiente,  
rompió en el río rauda corriente  
y holló sin miedo la tempestad.

Y lo que enantes fuera sonrisa,  
trocada en mueca, se hizo dolor.  
Sopló en el alma gélida brisa;  
de oscura noche cundió el pavor,  
y, desgranando su acerba risa,  
recogió el carcax y huyó Cupido,  
dejando el beso trunco, aterido,  
a flor de labio vuelto estertor.

Busca de llanto dulce rocío  
quien honda pena sufriendo está,  
-mas, cuando el alma tiembla de frío,  
como tomillo del tremedal,  
en las entrañas cunde el hastío;  
los ojos secan sus manantiales,  
mientras la noche, negros cendales  
en torno de ellos colgando va...

—Flor impoluta, novia adorada,  
yo que tu dicha busqué no más,  
y que una lágrima tuya llorada  
es más que toda mi sangre; mas,  
podré así verte sin hallar nada  
que ablande al menos tu desventura...  
Dó está balsámica la gota pura  
para que pueda yo irla a buscar?

Tus dulces sueños de nieve y rosa,  
tus ideales y la ilusión  
de ser tan sólo mi mariposa

mi casta musa, mi inspiración,  
todo deshecho cayó en la fosa  
del desencanto, donde reposa,  
flotando en hieles, envuelto en sombras,  
el rudo amante, que ni lo nombras  
aunque a tus plantas llora de amor.

Pálida y triste miras el cielo,  
y al cielo le hallas de otro color  
y agigantado tu desconsuelo,  
sin lenitivo ves tu dolor,  
porque sólo hallas nubes de duelo,  
nubes más negras que las que esconde  
tu seno frío, tu seno en donde  
de la tiniebla cundió el pavor.

Ella, callada, gime anhelante,  
mientras se deja, triste, escuchar  
la serenata que allá distante,  
rompe el silencio, turba la paz,  
de algún rendido, férvido amante  
que sueña y sueña y ¡ay! todavía  
cree en aquello que yo creía,  
e infeliz sabe lo que es amar.

—Qué quieres que haga, le digo, triste,  
dime qué quieres y yo lo haré...  
Si eres mi vida, si a mí viniste  
como la dicha, como la fe...

Manda, le imploro, porque no existe  
cosa imposible para mi empeño...  
Y ella contesta: —todo es un sueño...  
Todo ha pasado... Todo se fué...

Así diciendo, desconsolada,  
cubrió su rostro, volvió a gemir...  
Exclamé entonces, con voz velada:  
—tu desconsuelo quiere decir  
que mío en tu alma no queda nada...  
Y al fiero embate de la amargura,  
—calla, no agrandes mi desventura,  
dijo ella, sólo quiero morir....

—Morir, repuse, di, flor naciente,  
si lo pensabas ayer no más,  
cuando sentías el alma ardiente  
y eras compendio de dicha y paz;  
cuando tu pecho, niña inocente,  
no hería el tedio; ni el desencanto  
mostró a tus ojos, llenos de llanto,  
trocado en yermo tu rosedal...

Mas, no tan sólo tu alma está herida  
que también sufro tu mismo mal...  
Si nuestra dicha, desvanecida  
dejó la misma cruel realidad;  
si el bien logrado frustra la vida,  
y hollada meta, ya no es la meta,

la musa amiga de este poeta,  
la dulce hermana sé, nada más...

Tras de esa noche, nueva alborada  
llegó luciente y, al despertar,  
al verme cerca de ella, asombrada,  
dijo de pronto: —tú eres mi paz,  
toda mi dicha, ya realizada...  
Pero he soñado... ¡Qué horrible sueño...  
Verdad que tú eres mi dulce dueño,  
que me amas mucho, di, no es verdad?

Selló su labio mi labio ardiente  
y, dominando mi honda emoción,  
—hasta ayer, dije, niña inocente,  
fuiste cerrado huerto de amor,  
nevados lirios hubo en tu frente  
y fueron blancas tus mariposas,  
hoy tus azahares convirtió en rosas,  
rosas de fuego, mi corazón.

## HORA NEGRA

Lo sé; mi amor es locura  
es mi esperanza, ficción,  
y tus rigores no son  
sino copa de amargura:  
veneno que me tortura  
y, mientras la hiel, ingrata,  
mi labio quema y maltrata,  
con insensato deseo,  
más y más la paladeo  
cuanto más y más me mata.

Mi amor es ciega locura,  
lo comprendo bien, y pienso  
que, sin límites, inmenso,  
es abismo de ternura.  
Por endulzar mi amargura  
dices que me amas; y frío  
tu labio hiela el hastío...

¡Amor, que apenas se nombra!  
¡Amor! en bosquejo, sombra  
que se esfuma al lado mío...

Qué genio, qué maldición,  
qué mano, ruda y aleve,  
pone en su alma tanta nieve  
y fuego en mi corazón;  
si para ella mi pasión,  
que hoy se ha desbordado, loca,  
es oleaje que choca,  
amontonando, impotente,  
corriente sobre corriente,  
cabe la impasible roca...

Yo la he visto, enamorada,  
embriagarse con mi aliento;  
he visto mi pensamiento  
fulgurar en su mirada,  
y en sus manos cautivada  
la ardorosa mano mía;  
mi mano que, hoy fría, fría,  
abandonada, se enerva  
y apenas aun conserva  
de su mano la ambrosía.

Dios hizo su alma tan pura,  
colmándola de virtud;  
jamás insana inquietud  
manchó su diáfana albura.

Dióle a su faz hermosura,  
a sus líneas perfección,  
enriqueció su razón;  
mas, oh inescrutable arcano,  
esa misma y sabia mano  
congeló su corazón...

Cómo se podrá olvidar  
la ventura que pasó?  
La concha siempre guardó  
los hondos ecos del mar...  
El arroyo que agotar  
llegó su caudal sonoro,  
si de flores un tesoro  
las orillas no han bordado,  
entre el cauce reseca  
habrá alguna arena de oro.

En la alma no se consume  
el recuerdo del pasado,  
como en el pomo agotado  
el generoso perfume.  
Mi vida el ayer resume,  
y vuelvo a verte, María,  
así como en ese día  
que en mi mente quedó impreso,  
cuando con mi primer beso  
te di toda el alma mía.

Y su perfume enervante,

vive fijo en mi sentido;  
su rumor guarda mi oído,  
como un arpegio constante.  
Oh, malhadado, el instante  
que tornó a mirar el ciego,  
si en densa tiniebla luego  
se sepultaron los ojos  
que, amaratados y rojos,  
lloran lágrimas de fuego...

Sí, te contemplo vestida  
de armiños, cintas y flores.  
Oh virgen de mis amores,  
unes tu vida a mi vida.  
La nueva aurora, rendida,  
te encuentra en mi pecho ardiente  
y, al despertar, tu alma siente  
los azahares convertidos  
en pétalos encendidos  
que te calcinan la frente...

María, la mano pon  
aquí, sobre el pecho mío...  
Sin tu amor, está vacío,  
cual sin luz la creación.  
Te busca mi corazón  
como náufrago el abrigo...  
Acallarlo no consigo:  
roba a mis ojos el sueño;  
ya no te hablo como dueño,  
te pido, como mendigo.

## DE PUNTA A PUNTA

Ella. Pero si hay tanto qué hacer...

El. No seas exagerada.

Ella. Antes que todo, el deber...

El. Para mí, no existe nada  
que de ti sea anterior.  
Sobre todo está tu amor..:

Ella. La obligación, sobre todo...

El. Por hacerme padecer  
ves las cosas de otro modo.

Ella. Tal como se deben ver.

El. Como verlas yo no quiero.

- Ella. La obligación es primero.
- El. Tú sobre ella siempre estás,  
digo para mí...
- Ella. Jamás  
podré consentirlo yo;  
el sueño ya se acabó  
y estamos en plena lucha...
- El. Di mejor en plena ducha,  
con este frío mortal...  
Cuánto has cambiado...
- Ella. No tal...
- El. Ya no eres la misma, sabe...
- Ella. Ser esposa es cosa grave...
- El. En mala hora...
- Ella. Lo quisiste....  
Di que ya soy más formal.
- El. Y ayer no más no lo fuiste...
- Ella. Ese ayer, es casi un año...
- El. Pero, para mí, un instante....

Ella. Vives en sueño constante;  
de novia....

El. Fuiste tan buena...  
Hoy, tu desamor me apena  
y estoy tan triste, ay, tan triste...

Ella. Eres un sentimental;  
yo soy la misma mujer...

El. Comparo con el ayer  
el hoy, y veo mi mal...

Ella. Pero di: qué quieres que haga?

El. En amor, nadie aconseja...

Ella. No tiene razón tu queja.

El. Es que me duele la llaga...

Ella. Responde, qué debo hacer?

El. Tu pregunta acibar lleva  
y, abrumadora, me prueba  
lo que no quiero creer...  
Amar es sólo sentir,  
es soñar siempre, es vivir  
en un mundo de belleza;  
es mirar, en la pobreza,  
los caudales de Aladino;

derecho todo camino  
y todo abismo aplanado...  
Canta su amor el perlado  
raudal, oculto en la fronda,  
lò canta, túrgida la onda  
que riza el undoso lago;  
todo al milagroso mago  
rinde homenaje y tributo:  
el ave, la flor, el fruto,  
todo es fruto del amor...  
Pero el amor desaparecé  
de una alma que se entumece  
y rehuye su conciencia...  
Qué debes hacer? Dejar  
de hundirme el acero impío  
de tu ruda indiferencia,  
que está dejando vacío  
mi corazón, donde fuiste  
único y solo bien mío...  
Qué? No sabes que me muero,  
que ya nada, nada quiero  
sin tu amor? Oh negra y triste  
aquella hora maldecida  
en que, ingenua, cariñosa,  
y enamorada y ardiente,  
trocaste en manto de esposa  
tus velos de prometida...  
  
Y te callas, indolente...  
¡Maldición! Si estás dormida...

## ASI ES LA VIDA

El. Sí a ser padre llego un día...

Ella. Deja para otro momento...

El. Por qué razón? No sería  
ningún acontecimiento...

Ella. Me harás llorar en seguida...

El. Ah...! Perdona...

Ella. Tengo miedo,  
y en ese día no puedo  
pensar, sino estremecida...

El. Desbocado el pensamiento...

Ella. Como siempre, te maltrata...  
Eres un loco...

El. Y tú, ingrata,  
que agigantas mi tormento...

Ella. Vuelves a mete rla pata...

El. Hablar de amor llamas eso?

Ella. Eres un niño sin ceso...  
Pero dime, no es mejor  
vivir amando que hablar  
y hablar sin tregua de amor...?

El. Ah si amaras como yo,  
nunca dijeras así...

Ella. Como tú, yo no amo, nó,  
pero sé amar, eso sí...  
Mas, es cosa que da risa  
verte siempre en el papel  
de novio...

El. —No seas cruel...

Ella. A lo patético, atiza...  
Y me acusas de tal guisa  
porque no hago yo la novia...

- El. Ah, sí...Mil veces morir...  
¡Cual mi vida se consume ..
- Ella. Con el disgusto, la fobia,  
con el olor, el perfume,  
chico, no hay que confundir...
- El. Pero, mujer, qué te pasa...
- Ella. Tal vez que se me hunde el piso...?
- El. Mientras yo soy una brasa...
- Ella. Tu mujer es un granizo...?
- El. No me amas...
- Ella. Si único dueño  
eres de mi corazón...:
- El. Oh dicha...
- Ella. Pero mi empeño  
es hacer que la ilusión  
no frustre todo en tu vida.
- El. Tu amor...Lo demás es nada...
- Ella. No hay tal. Mi amor te convida  
a hacer grata la jornada

en un mundo de verdad...

El. Oh, la cruel realidad....

Ella. Sí, la realidad, cobarde...  
Ensayá a ser hombre, deja,  
a los débiles, la queja  
y haz de fortaleza alardé...

El. Pero tu amor....

Ella. Sólo tuyo,  
y jamás te ha de faltar...

El. Pues, a luchar...

Ella. A luchar...

El. A alumbrar como el cocuyo...

Ella. Como la abeja, a labrar...

El. La vida...

Ella. Es lucha...Sólo eso;  
y el reposo es bosque espeso  
donde se pierde en seguida  
el que no lleva encendida  
la realidad por delante...

El. Y tu amor, que es mi embeleso.

Ella. Y tu nombre que es mi égida.

El. Has puesto mi alma anhelante...  
Pues, a luchar... Dame un beso...

Ella. ¡Dueño mío...!

El. Y adelante...

Ella. Adelante... Así es la vida.

## A MI ARPA

Ven otra vez, ven, arpa compañera,  
ven y comparte mi dolor mortal;  
si asistente a mi dicha, lisonjera,  
ahora sé testigo de mi mal.

Ven; de mi corazón vibra al latido:  
oigo en tu seno mi canción postrera,  
como en la concha cóncava el gemido  
que del profundo piélago aprendiera.

En tu seno mi cántico ha quedado  
y repites el nombre de mi dueño...  
Parece que revive mi pasado  
y que el rudo presente es sólo un sueño.

Con los días, risueños, que se fueron,  
ella vuelve...La miro...Sí, ella es:

los mismos que, quemando me besaron  
labios míos, besadme así, otra vez...

Y me habla de su dicha, apasionada;  
se estremece a mi lado, como una hoja;  
dice que sin mi amor, no quiere nada,  
y el temor de mi olvido le acongoja...

Ah, qué bella ilusión... Sigue, arpa mía,  
tan dulcemente haciéndome soñar...  
Que yo sienta la dicha de otro día,  
aunque muera de pena al despertar.

Torna esperanza mía; cese el lloro...  
Otra vez, tiende las ligeras alas  
y asciende al sol, forjando con el oro  
de sus rizos, escalas tras escalas...

Y mientras, palpitante, ella me mira,  
divinizando mis miserias de hombre,  
vuelvo a decirle así: «será tu nombre  
el acorde más dulce de mi lira».

Arpa cruel, ya no vibras... Cesó el canto...  
Torna la noche sobre mí a caer...  
Vuelve el oculto río de mi llanto,  
como siempre, desbordándose, a correr.

Estallaron tus cuerdas... Has callado...  
No a encordarte mis manos volverán;

también mi alma sus fibras ha arrancado  
y las dos en silencio quedarán..

Suspendida de un clavo, alguna araña  
en tu seno sonoro hará guarida,  
como en lo más profundo de mi entraña,  
el negro tedio, araña de la vida...

## DE CIMA A SIMA

Oh sueño juvenil, te has convertido  
en triste y miserable realidad;  
de la cumbre, rodando, he descendido...  
¿Do está mi sueño, dónde mi ideal...

Los mismos labios, donde la ternura  
sus más dulces panales exprimió:  
pétalos de carmín y de blancura,  
cuna del beso, trono del amor;

labios en los que nunca tuvo acento  
la prosa de la vida, y el idioma  
fué deleitoso y musical conciento,  
arrobador arrullo de paloma;

esta oración extraña,  
rezaron en mi oído:

«no ves que el corazón es una entraña  
y sólo el pan da ritmo a su latido?...».

Cual si un rayo me hiriera de repente,  
o un monte gravitara en mi cabeza,  
súbito asombro oscureció mi mente,  
extático dejóme la sorpresa.

Y prorrumpí, de pronto, exasperado:  
—pan del alma prodiga la belleza  
y es el único pan que a mí me has dado,  
madre naturaleza.

Pero aquel que me piden, pan de trigo,  
ese que leuda con sudor y pena,  
ese que, del espíritu enemigo,  
las alas encadena,

ese pan yo no tengo, ni he querido  
a mi alcance tenerlo...Ciertamente,  
olvidar que soy hombre he pretendido  
y no he llegado a ser sino un demente...

Y di por qué Dios, mío, con fiereza,  
desheredado por tu mano fui?  
Diste a la concha de la mar, riqueza,  
al insecto alas de oro y nada a mí...

Para qué fuiste pródigo en los dones  
con que mi corazón embelleciste,

si al condenarme al mundo no me diste  
del palurdo la mente y los doblones...

Qué me importa la musa, virgen pura  
que concebir' me hiciera la belleza,  
que mantuvo mis ojos en la altura  
y me enseñó del arte la grandeza...

Versos de amor, inapreciables gemas,  
quien os cotice encontraréis quizás...  
En pública almoneda mis poemas,  
id a gritar, llorando, quien da más...

**TURQUI**

## PASO LA CRISIS

Así, con la cabeza en tu regazo,  
y mirándome así, como tú sabes;  
en mis ojos tus ojos, que a este ocaso  
robaron todas sus penumbras suaves,

quiero contarte cuánto he padecido...  
Oye y, después, que me perdones quiero,  
pensando que el amor tan sólo ha sido  
la única causa de mi mal, artero.

Dura ha sido la prueba, sí, muy dura;  
cuánto ha tardado la razón, el juicio.  
Sin vivir he vivido, y mi locura  
estaba conduciéndome a un hospicio...

Un hombre de veinte años, es un niño  
un niño grande, simulacro de hombre...

Así te di, con mi alma, mi cariño,  
y lo que en mí valía más: mi nombre.

Fué la pasión, que nos juntara un día,  
llama devoradora, calcinante;  
y así me imaginaba que debía  
quemarnos, sin ceder un solo instante...

Con esas horas rápidas que huyeron,  
porque durar debían sólo poco,  
llorando, comparé las que vinieron  
y hallé tu desamor... ¡Estaba loco!

Ese, mi gran error, toda la causa  
del agudo delirio en que he vivido.  
Creíme desgraciado, y no dió pausa  
esta idea a mi espíritu afligido.

Demente, imaginé que otro cariño  
en el pecho escondías, y mi mente,  
que ensombreció el dolor, con el armiño  
de tu alma casta, se atrevió, insolente.

Perdóname. El rubor que me atormenta  
y que hoy mi ruda confusión aguza,  
está satisfaciéndote la afrenta  
que tan sólo un amor demente excusa...

Fué grave mi locura, sí, muy grave;  
y fueron sin medida mis desvelos.

Me da miedo decirte, pero sabe  
que hasta tu amor de madre me dió celos..

En donde hubo un ayuelo, vi un abismo,  
y de una sola gota hice un raudal...  
Era que el mal llevábalo en mí mismo,  
por eso en todas partes vi mi mal...

En tu serenidad hallaba frío,  
tu cariño, apasible, me ofendía;  
si no hablabas de amor, era tu hastío  
el dardo que me hería...

Insano, hallé dolor y pena y duelo,  
donde todo era paz, ventura, calma;  
el cielo, siempre negro; es que en el cielo  
se reflejaba el bátrato de mi alma...

Sí, perdona; un pobre enfermo he sido  
que la dicha aturdió, turbóle el medio;  
es que la frágil copa en que has vertido  
de tu amor los raudales, ha debido  
desbordarse o romperse, sin remedio...

## A MI PRIMOGENITO

Hecho de rosas, de lino  
y de sol. Es una aurora:  
todo el que le ve, le adora  
y asegura que es divino.

Tiene de ángel y gorrión,  
de libélula y de gema;  
es en un trino, canción,  
es en un verso, el poema.

De su madre sacó todo:  
labios, de sonrisa suave,  
ojos, rizos y hasta el modo  
de mirar, profundo y grave.

Y mientras ella le mece,  
él se aduerme y, con misterio,

queda mirando y parece  
que piensa en algo muy serio.

Si ríe, alegre y encanta;  
llora, y todo se entristece;  
duerme, y la casa enmudece;  
despierta, y la casa canta...

Al mirarlo sin pañales,  
pequeñito como un mullo,  
no hay en todos los rosales,  
como él, tan lindo capullo...

Hace una mueca de lloro  
y los pañales patear;  
parece una abeja de oro  
que, entre estambres, patatea.

Queda desnudo en la cuna,  
pero vestido de hechizos,  
y en su cabeza los rizos  
parecen rayos de luna.

Se chupa, alegre, una mano,  
y con la otra se tantea  
un pie, diminuto enano,  
y refunfuña y gorjea...

El piecillo no reposa  
y la manita le sigue,

tal como una mariposa  
que a otra, jugando, persigue.

Mas, lo alcanza en plazo breve...  
Y llevarlo, con euforia,  
hasta la boca se atreve,  
formando, de rosa y nieve,  
su muslo un arco de gloria.

La dicha mi alma enajena  
y, al mirarle, embelesado,  
no pienso que él a la pena  
como yo, está condenado...

Ah, si pudiera aplanarle  
el camino...Si pudiera,  
con mi sacrificio, darle  
lo que a mí nadie me diera...

Ha de depender su suerte  
de mi vivir triste y duro?  
Si no se opone la muerte,  
su dicha está hecha. lo juro.

## FELIZ CON TU AMOR

No te podría olvidar,  
aunque olvidarte quisiera;  
sigue la sombra a la higuera,  
como los ríos al mar.  
Ni qué podría apagar  
el fuego de mi pasión,  
si eres mi única ilusión,  
la meta de mi ventura,  
brisa perfumada y pura  
que orea mi corazón.

Desde que te conocí,  
fuiste mi solo desvelo,  
y, como inspirado, el cielo,  
en tu afecto, presentí.  
El albedrío perdí,

se anuló mi voluntad;  
ya no hallé felicidad,  
sin ser tu esclavo, María:  
fui dichoso sólo el día  
que perdí la libertad...

Todo, en tí, me enamoró:  
te vi tan pura y hermosa,  
sintetizando la rosa  
que el dulce nombre te dió.  
El amor te delató  
como a la flor el aroma,  
y cual la luna que asoma,  
reflejándose en la fuente,  
se vendió tu alma, inocente,  
en tus ojos de paloma.

Parece que ha sido ayer,  
y un lustro ha pasado ya;  
raudo arroyo que se va  
es de la vida el correr.  
La dicha y el padecer,  
siguen la misma pendiente;  
sólo que va, lentamente,  
la pena, como cansada,  
y camina desbocada  
la dicha, como el torrente...

Mi corazón ha quedado  
como en dulce parasismo...

El escenario es el mismo,  
sólo la escena ha cambiado...  
Ya no estoy solo a tu lado  
y solo en tu corazón,  
que tus brazos cortos son  
para poder estrechar  
el grupo que, en el hogar,  
hoy es toda tu ilusión.

Más que en blanda y tibia cuna  
duerme un bebe en tu regazo,  
como en el cáliz de raso  
de una flor, rayo de luna;  
y mientras que te importuna  
y te acaricia otro niño,  
y en deshacer el aliño  
de tu cabello se empeña,  
mi alma, enamorada, sueña  
un sueño de azul y armiño.

Mi fe crece y se depura  
cuando escucho, ante el altar,  
tu voz pura, al elevar  
el diario ruego a la altura;  
y con intensa ternura  
palpita mi corazón,  
cuando a tu primer botón,  
con el más ferviente anhelo,  
haciéndole ver el cielo,  
le enseñas una oración.

Cifras tu dicha en mi amor,  
y siempre buena, María,  
te alegras, con mi alegría,  
y lloras con mi dolor;  
mi mente a dicha mayor  
no pudo aspirar jamás;  
si no mirara en tu faz  
hondas nostalgias del cielo,  
creyera, en mi rudo anhelo,  
que después de ti, no hay más...

Tu amor me afilió a la gloria,  
mi ambición hizo crecer,  
haciéndome siempre ver  
en la lucha, la victoria...  
Como mago que la escoria  
en oro convierte, así  
tu hechizo, dentro de mí,  
es ese mago: de modo  
que va trocándolo todo  
en oro, digno de ti...

Recuerdas la dulce historia  
de los pretéritos días,  
de esas locas alegrías,  
de esos castillos de gloria,  
que hoy pasan por la memoria,  
como espumas en el río...  
En el pensamiento mío,  
el recuerdo del pasado,

es como un astro velado  
que se mece en el vacío.

Acaso soñaste, di,  
en la ventura presente?  
Imaginaste, inocente,  
que otro afecto había en ti  
más grande que el frenesí  
que a mis brazos te trajera;  
más ardiente que la hoguera,  
más generoso que el vino...?  
Amor de madre, divino,  
que da todo y nada espera...

Santa esposa en el hogar;  
para tus hijos, arrullo;  
para mí, dicha y orgullo,  
y lumbre, para el altar.  
Algo más ambicionar  
fuera insania desmedida;  
si, por mi amor, encendida,  
cual mirra, que se consume,  
en dulce llama y perfume  
has convertido tu vida.

## ESTILIZANDO NUESTRO PRIMER LUSTRO

Nadie que despierta cree  
que ha sido largo su sueño.  
Yo, quedándome dormido,  
en mi dicha, un lustro entero,  
al despertar, me parece  
que ha sido sólo un momento..  
Pero, te miro, María,  
y todo mi error comprendo.

Cuando, hechizado, cerré  
los ojos sobre tu pecho,  
no fuiste sino promesa  
de un mañana lisonjero;  
esperanza al realizarse,  
meta que se ve de lejos.  
Hoy, eres rosa florida  
de ebúrneo cáliz abierto,

en plenitud de hermosura  
y de perfume; el más bello  
ideal que se soñara,  
ya realizado y completo.

Un lustro va transcurrido,  
desde el día en que el afecto,  
embrujaando nuestras almas,  
las ató con lazo eterno.  
¡Cuántas hondas impresiones,  
y cuántos graves anhelos  
jamás sentidos! La vida,  
en el aspecto más bello;  
el corazón, inflamado,  
como un astro en su apogeo,  
y el alma, en perenne gloria,  
y hecho luz el pensamiento.

Un lustro de amor y dicha;  
un lustro, que se ha ido lejos,  
dejándonos, para siempre,  
conmovedores recuerdos,  
como en los vaciados búcaros  
persiste el aroma intenso  
de las flores que, en otra hora,  
se agruparon en su seno.

Tú, con todos tus encantos;  
yo, con todos mis ensueños,  
como se van por el bosque

dos arroyos, paralelos,  
por el vergel de la dicha  
fuimos cantando y corriendo.  
¡Cómo arrullaban los nidos!  
¡Cómo cantaban los vientos!

En una hermosa mañana,  
tomamos por el sendero  
que tú elegiste... Yo no hice  
sino seguirte, contento.  
Poniéndonos a la espalda  
nuestros veinte años, risueños,  
empezamos el camino,  
al ritmo de nuestros besos.  
El sol, naciendo, glorioso,  
tras el encumbrado cerro,  
mostraba, apenas, el ígneo  
borde de su disco inmenso;  
parecía que, envidiando  
nuestra dicha, con empeño,  
allá en el ignoto oriente,  
se empinaba para vernos...

Tras un bien, desconocido  
y lejano, como el cielo,  
la juventud por tesoro,  
y por escudo el afecto,  
nos lanzamos de la vida  
en el abismo revuelto,  
tú, con todos tus encantos,

yo, con todos mis ensueños.

¡Qué grato el camino: todo  
era alegría y sosiego!

La ruta, en suave declivio,  
se tendía al paso nuestro,  
y hasta los hermanos lobos  
nos miraban, sonriendo.

La etapa inicial fué gloria,  
pero gloria de un momento.  
Pronto nos probó la vida  
que la ventura era un sueño,  
desgarrando nuestra planta  
con el espino primero...

El llanto nubló tus ojos  
y vacilamos, con miedo;  
pero tus lágrimas puras  
sobre la espina cayeron,  
y la misma zarza flores  
me dió para tus cabellos...

Desde ese punto, en subida  
fué trocándose el sendero  
mas, oh juventud, divina,  
qué podrá rendir tu vuelo...

Diques y cadenas no hacen  
sino dar brío a tu empeño.  
Eres como el oro puro  
que da quilates el fuego

y se pule y abrillanta  
del martillo en el tormento.

Desalentarnos no pudo  
nada; y seguimos corriendo  
como dos arroyos claros  
que en el bosque, paralelos,  
se van, ávidos de dichas,  
de amor y esperanza llenos;  
en cuyos limpios cristales,  
irisados por los céfiros,  
bullen libélulas de oro,  
hunden las flores sus pétalos  
y juegan las linfas,  
y se miran los luceros.

Un lustro. Sobre esta cumbre  
descansemos un momento,  
y volvamos nuestros ojos  
al recorrido sendero.

Queda el punto de partida  
tras esa linde, ya lejos,  
oculto entre los celajes  
de nuestros primeros sueños.  
Todavía tus azahares  
están señalando el suelo;  
y el canto de los gorriones  
tienen algo de los versos  
que yo cantaba a tu reja,  
ponderándote mi afecto...

· No ves? Lejos queda el río,  
siempre crecido y funesto,  
a cuya orilla, indecisos,  
noñs detuvimos, con miedo;  
y recorrimos, en vano,  
todo su cauce, siniestro,  
buscando el vado, por donde  
atravesarlo pudiéramos...  
Retroceder, imposible,  
imposible detenernos;  
arrastrados, río abajo,  
y con el agua en el cuello,  
fuéramos segura presa  
del rabiñn o el sumidero,  
sin el arbusto, piadoso,  
que, su ramaje extendiendo  
sobre el abismo, no diera  
a nuestra mano asidero...  
Cuando alcanzamos la orilla,  
corrimos, sin revolvernos,  
y el río, siempre tronando,  
se quedó lejos, muy lejos...

Pero desde allí, el camino  
tornó a aplanarse; y de nuevo,  
con más bríos y esperanzas,  
seguimos por el sendero,  
hasta esta colina, a donde  
hemos llegado, serenos:

tú, con toda tu hermosura;  
yo, con todos mis ensueños.

Y desde aquí, en caravana;  
así, en caravana, iremos.  
Luz, perfume y alegría,  
las flores de nuestro afecto  
harán más grato el camino  
y el bagaje más ligero...

Cómo fructifica todo  
y florece en torno nuestro.  
Cómo en claras realidades  
se han trocado nuestros sueños.  
Más dulce que los gorriones  
cantan nuestros pequeñuelos:  
pareja de querubines  
que están probando que hay cielo.

En caravana...Adelante...  
Siempre alegres, siempre buenos.  
Y no importa que la carga  
nos agobie, si en el pecho  
la conciencia va ligera  
y sin menguar el afecto.

Está trazada la ruta.  
al camino retornemos,  
y así como dos arroyos  
que caminan paralelos,

fertilizando las márgenes,  
reflejando el mismo cielo,  
iremos cantando juntos  
la gloria del día nuevo,  
la esperanza del mañana  
y el poema del recuerdo.

Mañana, cuando las ráfagas,  
desatadas, del invierno,  
hayan convertido en plata  
el oro de tus cabellos,  
y mi faz, profundamente,  
haya rubricado el tiempo,  
a ver volveremos juntos  
este infolio de recuerdos  
y, acaso, tibia corriente  
de sangre corra de nuevo,  
despertando las inermes  
células que se durmieron,  
y las atrofiadas fibras,  
con aquel impulso, intenso,  
de la savia que el retoño  
levanta en el tronco escueto...  
Se desharán mis arrugas  
al abrigo de tu pecho  
y hallarán siempre tus nieves  
el rescoldo de mi afecto...

Un lustro, corazón mío,  
ha pasado como un sueño.

Veleidosa, así la dicha  
pasa, como el raudo viento;  
pero nos dejó, piadosa,  
en flor el amor primero;  
en el corazón, sonrisas,  
quietud y paz en el pecho,  
y en el cáliz de nuestra alma,  
la hostia blanca del recuerdo.

FIN

## I N D I C E

	<u>Págs.</u>
Balanceando el Pasado . . . . .	3
Nácar	
Sin Nombre . . . . .	27
A Ella . . . . .	29
Cómo es Ella . . . . .	31
Rosa que Pisada, Pisa... . . . .	33
En tu Album . . . . .	35
Delirio y Ruego . . . . .	39
Mañana Serás Mía . . . . .	41
Tu Primer Sí . . . . .	43
Agata	
Azahares que se Marchitan . . . . .	47
Hora Negra . . . . .	53
De Punta a Punta . . . . .	57
Así es la Vida . . . . .	61
A mi Arpa . . . . .	67
De Cima a Sima . . . . .	71
Turquí	
Pasó la Crisis . . . . .	77
A mi Primogénito . . . . .	81
Feliz con tu Amor . . . . .	85
Estilizando Nuestro Primer Lustro . . . . .	91



E0040285